

**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

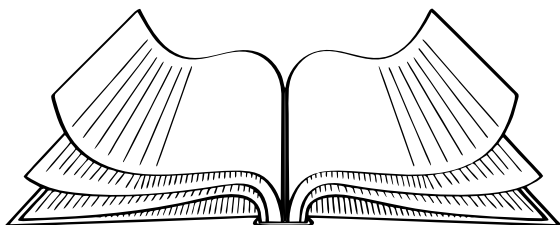
*Cuento*  
*Poesía*  
*Fotografía*

EJEMPLAR GRATUITO  
AGOSTO-SEPTIEMBRE  
2021





**Escúchanos en  
Radio Anáhuac 1670 AM**



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

**No. 33**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



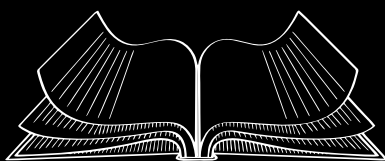


PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

# ÍNDICE

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

#### *Leo*

Alejandro Magallanes ..... 8

#### *Análisis*

Alejandro Magallanes ..... 9

#### *Por eso sólo he sido mujer*

Lara Elizarrás Botello ..... 10

#### *El efímero momento en que algo nuevo deja de ser nuevo*

Dave Brennan ..... 12

#### *Cuerpos de luz*

Graciela Bellon ..... 14

#### *El texto*

Julieta Fuentes ..... 15

### FIRMAS

#### *Él me bebió*

Clarice Lispector ..... 16

#### *Caperuza*

María Elena Sarmiento ..... 20

#### *A la caza del último elefante blanco*

Andrea Fischer ..... 22

#### *Madre*

Cecilia Durán Mena ..... 27

#### *Dimensiones*

Virginia Meade ..... 33

# IMAGINARIO ..... 37

## VOCES

<i>Mi madre</i>	
Norma Soffer.....	39
<i>Un amor para recordar</i>	
Jaime Valdés.....	42
<i>Infidelidad</i>	
Juan Antonio Díaz Becerra .....	45
<i>República Dominicana</i>	
Alex Cárdenas.....	48
<i>A la meme</i>	
Francisco Duarte Cué.....	50
<i>Texto de regalo</i>	
Francisco Duarte Cué.....	51
<i>Todavía lo recuerdo, eran frías</i>	
Natalia M. Vivanco .....	52
<i>Metro: salida en 9 estaciones</i>	
Laura Suinaga .....	56
<i>El botín</i>	
Pita Escalona.....	62

# Hablando por escrito

**E**l mundo ha pasado por una prueba dura en estos últimos meses. Los elementos cambiaron de lugar y dejaron de ser lo que eran, las formas encontraron otras maneras de manifestarse y se dieron cambios para seguir fluyendo. Para que la vida pudiera continuar, tuvimos que cambiar y lo hicimos. No obstante, siempre quedaba un regusto de nostalgia. En Pretextos Literarios por Escrito fue necesario adaptarnos para sobrevivir. Dejamos de imprimir nuestros ejemplares y aprovechamos las ventajas de la tecnología para seguir atrayendo lectores para nunca dejarlos ir. Siempre supimos que volveríamos a imprimir y gracias al esfuerzo de tantos y de todos, aquí estamos nuevamente: recuperamos nuestro formato impreso. No deja de maravillarme que este regreso sea con el número treinta y tres.

Treinta y tres es un número fundamental, expresa la refundación del orden intelectual y espiritual en el Cosmos, en la Humanidad y en Dios para muchas tradiciones. Sintetiza una reorganización del ser vivo, de la realidad y de su potencia creadora. Resulta de la conjunción de un par de cifras que simbolizan la unión del cielo y la tierra, de lo concreto y lo inmaterial, de la creatividad y la creación. Para nosotros, en Pretextos Literarios por Escrito, este número representa el suceso especial que marca el regreso a nuestras ediciones impresas.

Durante la pandemia, seguimos publicando, pero dadas las circunstancias, tuvimos que circunscribirnos al formato digital y al radiofónico. Es un motivo de alegría y festejo que la fortuna nos haya sonreído, que hayamos logrado sobrevivir. Además, logramos crecer. Atrapamos más lectores y seguimos publicando. Sin embargo, extrañábamos nuestro ejemplar impreso. Aprovechamos y agradecemos los formatos que la tecnología pone a nuestra disposición, pero nos gusta el olor a tinta y el tacto del papel. Por eso y con un enorme gozo podemos decir: aquí está.

La tradición budista tiene una imagen muy apropiada para este simbolismo: el treinta y tres es una expresión de triple joya: la inspiración, la lectura y la comunidad. Todos los que formamos parte de este proyecto nos conformamos en alguna de las aristas de ese triángulo maravilloso.

Hemos creído en este doble trío glorioso: la creatividad de nuestros artistas, la reunión de textos e imágenes en esta revista y los lectores que recorren los renglones con su mirada atenta. Es un triunfo y nos felicitamos por este logro. Logramos recorrer el túnel y salimos de él, tuvimos ese destino. El premio es llegar a nuestros lectores. El controvertido maestro Camilo José Cela dijo: *“En ocasiones pienso que el premio de quienes escribimos, duerme tímido y virginal, en el confuso corazón del lector más lejano”*.

No podríamos haberlo hecho solos. El compromiso de nuestro equipo: la mesa de edición, el cuarto de guerra, el equipo de guiones, los integrantes del programa de radio,



las instituciones universitarias que nos han acogido, las organizaciones culturales que nos han apoyado, nuestros becarios y muy especialmente, nuestros autores y nuestros lectores que han seguido aquí, junto a nosotros: fieles.

Es curioso como los primeros *sefiroth* que son las numeraciones que componen al árbol cabalístico de la vida, están guiados por dos series de tres que guían el orden metafísico, lo inmanifestado y lo supremo, o bien, la inteligencia, la sabiduría y la sensibilidad. Y, con total honestidad, en Pretextos Literarios por Escrito somos como un tridente que se apoya en tres bases. Las puntas son lo visible: la revista impresa, los medios digitales y el programa de radio; los apoyos son el alma de los autores, el valor de nuestro equipo y el interés que engancha y sorprende a nuestros lectores.

Y así, con enorme agradecimiento y felicidad, continuamos en lo nuestro: seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes, el número treinta y tres de Pretextos Literarios por Escrito.



Paul Núñez

# Leo

Alejandro Magallanes

Aries, yo leo

Tauro, yo leo

Géminis, yo leo

Cáncer, yo leo

Virgo, yo leo

Libra, yo leo

Escorpio, yo leo

Sagitario, yo leo

Capricornio, yo leo

Acuario, yo leo

Piscis, yo leo

Leo, yo no.



*Paul Núñez*

# Análisis

Alejandro Magallanes

— Si quiere

distinga

entre su yo

y su ego.

— Quizá luego.



*Paul Núñez*

# Por eso sólo he sido mujer

Lara Elizarrás Botello

Lo he sido todo:

Pequeña, grande, poeta y mujer.

Mediana, triste, gorda y alfiler.

He sido llanto, asfixia, moneda y pajaral,

La sombra de mis alas y el viento que me alza.

He sido amiga, madre, hija y dolor,

La patada en la rodilla y el casquete de una bala sin  
pistola. He sido historia, presente, soberbia y fugitiva,

Porque en las noches sueño y al llegar el día

Me susurra el polvo, la palabra y el espejo.

También cantante, actriz y esposa de un nogal,

La bailarina muerta, la sofista ilustre,

La prima del suicidio y la nota al pie de página.

Lo he sido todo y no tengo nada,

Porque en mis manos descansa la soledad;

Porque a mi paso lo sigue el golpe, la pelota de un niño, el  
talón de un viejo y la mano de mi abuela.

Lo tengo todo y no he sido nada,

Porque a la seda le aprieta mi pluma y a mis vestidos

Les estorba mi mano,

Porque mi cuerpo es herida y mis ojos la cuchilla.

Lo he sido nada porque no recuerdo el todo,  
Y como los juegos de piratas una vez quise ser palabra:  
Giré en un barco y navegué mi mar,  
Fui náufraga, hambruna y ballena encallada,  
La mujer insólita y la caricia abandonada.



*Paul Núñez*

# El efímero momento en que algo nuevo deja de ser nuevo

Dave Brennan

Cuando algo (o alguien) nuevo deja de ser nuevo, no ocurre con un cambio prolongado, sino que pasa a ser parte de la norma repentinamente. No se anticipa, como ese primer tallón que le metimos al coche por venir contestando un nuevo mensaje. Nos bajamos a revisar el golpe y en ese abrir de la puerta el olor a nuevo que había estado impregnado en los asientos se esfuma.

Una tele no deja de ser nueva por llevar unas semanas anclada a tu pared. Una tele deja de ser nueva si ya te arrancó al menos una lágrima o una carcajada, pero una película en sí cuando muere su primer personaje.

¿La ropa? Fácil, cuando se impregna de esa primera mancha —la cual en retrospectiva pudo haber sido evitada de mil y un maneras— de comida o labial.

Esa primera cana, que debatiste si arrancártela o no durante días, se hizo notar esa mañana mientras te veías al espejo, no se fue asomando poco a poco. Lo mismo ocurre con la arruga que encontraste: desde entonces has tratado de evitar fruncir la expresión que la forma, tratando de borrar su existencia, pero sin éxito alguno.

Si las cosas dejan de ser nuevas en un instante, ¿las personas también? La primera vez que entendiste que tus papás eran tus papás. La primera vez que mentiste. La primera vez que volteaste al otro lado. La primera vez que te bajó. La primera vez que te veniste. La primera peda. El

primer beso, el primer sexo. La primera pelea, el primer olvido, el primer día que no pensaste en él.

Entonces “la nueva normalidad”, ¿en qué momento ocurrió? ¿Con el primer contagio? ¿Con la primera cuarentena? ¿Con el primer muerto? Tal vez el problema es que las personas le siguen llamando “la nueva normalidad” cuando ya sólo es la normalidad.

¿Cuándo dejará de ser nuevo este texto? ¿Cuándo la primera persona lo comparta? Turn and face the strange, ch-ch-changes.

# Cuerpos de luz

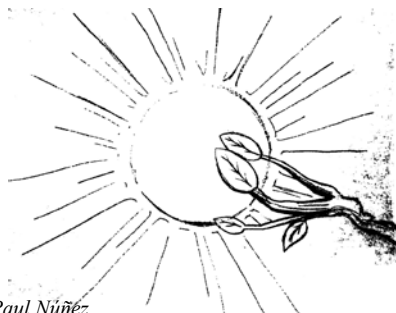
Graciela Bellon

A JF

Habremos de ser  
el sol  
girando entre las ramas.  
La voluptuosa savia  
que trepa,  
ávida,  
árbol arriba.

Habremos de ser  
el resplandor,  
cuerpos de luz  
enredándose  
bajo el peso del deseo.

Habremos de ser  
el ascenso  
hacia el fruto de piel y cuerpo,  
el estallido.



Paul Nuñez



# El texto

Julietta Fuentes

Los enlaces entre las letras están por desaparecer, el vacío ha tomado cada espacio, sólo aparecen trazos fantasmales dibujados con tinta que se derrama en un trozo de universo y que se esfuma en una espiral constante de símbolos sin conexión. Las palabras parecen exhaustas, la inspiración se alejó sin dejar rastro. Las epifanías rondan las nubes de la creatividad, pero no se atreven a bajar. Una neblina azul cubre el corazón, inmoviliza las manos y congela las lágrimas. Los recuerdos ya estorban, son una visión transparente de una vida inexistente.

Hoy he corrido con suerte, el vertedero cósmico me permitió liberarme de todo lo que podría invocar. Me niego a darme por vencido. Escribo.



*Paul Núñez*

Este cuento pertenece a la antología *Cuentos completos*, de Clarice Lispector, publicado por TIERRA FIRME. El material se publica en colaboración con el Fondo de Cultura Económica, con la traducción de Paula Abramo.

## Él me bebió

Clarice Lispector

Sí. Deveras sucedió.

Serjoca era maquillista de mujeres. Pero no quería nada con las mujeres.

Le gustaban los hombres.

Y maquillaba a Aurelia Nascimento. Aurelia era guapa y, maquillada, se veía deslumbrante. Era rubia, usaba peluca y pestañas postizas. Se hicieron amigos. Salían juntos, iban a cenar a los centros nocturnos y así.

Cada vez que Aurelia quería verse bonita le hablaba a Serjoca. Serjoca también era guapo. Era flaco y alto.

Y así estaban las cosas. Una llamada y hacían una cita. Ella se vestía bien, era prolija. Usaba lentes de contacto. Y pechos postizos. Aunque sus verdaderos senos eran lindos, puntiagudos. Se ponía los postizos nada más porque tenía poco busto. Su boca era un botón de rosa roja. Y sus dientes grandes, blancos.

Un día, a las seis de la tarde, la hora de peor tránsito, Aurelia y Serjoca estaban parados junto al Copacabana Palace y esperaban inútilmente un taxi. Serjoca, de cansancio, se recargó en un árbol. Aurelia, impaciente. Sugirió que le dieran diez *cruzeiros* al portero para que les consiguiera un transporte.

Serjoca se negó: era tacaño.

Eran casi las siete. Oscurecía. ¿Qué hacer?

Allí cerca estaba Affonso Carvalho. Un empresario siderúrgico. Esperaba su Mercedes con chofer. Hacía calor, el coche tenía aire acondicionado, teléfono y refrigerador. Affonso había cumplido cuarenta años un día antes.

Vio la impaciencia de Aurelia, que golpeaba la acera

con los pies. Interesante, esa mujer, pensó Affonso. Y quiere un coche.

Se dirigió a ella:

—Señorita, ¿está teniendo problemas para encontrar un transporte?

—¡Llevo aquí desde las seis y no pasa un taxi que nos recoja! Ya no aguanto.

—Mi chofer no tarda en llegar —dijo Affonso—. ¿Puedo llevarlos a algún lado?

## ÉL ME BEBIÓ

—Se lo agradecería mucho, entre otras cosas porque me duele el pie.

Pero no le dijo que tenía callos. Ocultó su defecto. Estaba maquilladísima y miró con deseo al hombre. Serjoca, muy callado.

Al fin llegó el chofer, se bajó, abrió la puerta del coche. Se subieron los tres. Ella adelante, junto al chofer, los otros dos atrás. Se quitó el zapato discretamente y suspiró de alivio.

—¿A dónde quieren ir?

—No tenemos un destino propiamente —dijo Aurelia cada vez más excitada por las facciones masculinas de Affonso.

Éste dijo:

—¿Y si fuéramos por un trago al Number One?

—Me encantaría —dijo Aurelia—. ¿A ti no, Serjoca?

—Claro, me hace falta una bebida fuerte.

Entonces fueron al bar, que a esas horas estaba casi vacío. Y platicaron.

Affonso habló de la metalurgia. Los otros dos no entendían nada. Pero fingían entender. Era aburrido. Pero Affonso estaba entusiasmado y, por debajo de la mesa, acercó su pie al pie de Aurelia. Justo el pie que tenía callos. Ella le correspondió, excitada. Entonces Affonso dijo:

—¿Y si vamos a cenar a mi casa? Hoy tengo *escargots* y pollo con trufas.

¿Qué dicen?

—Me muero de hambre.

Y Serjoca, mudo. A él también lo excitaba Affonso.

El departamento tenía alfombra blanca y esculturas de Bruno Giorgi. Se sentaron, tomaron otro trago y fueron al comedor.

Una mesa de jacaranda.

Un mesero que servía por la izquierda. Serjoca no sabía cómo se comían los *escargots* y se hizo muchas bolas con los cubiertos especiales. No le gustaron.

Pero a Aurelia le gustaron mucho, aunque le daba miedo acabar con aliento a ajo. Pero bebieron champaña francesa durante toda la cena. Nadie quiso postre, sólo café.

Y se fueron a la sala. Entonces Serjoca se animó. Y se puso a hablar hasta por los codos. Le echaba unas miradas lánguidas al empresario. A éste le sorprendió la elocuencia de aquel chico tan guapo. Al día siguiente llamaría por teléfono a Aurelia para decirle: Serjoca es un amor de persona.

Y fijaron una nueva cita. Esta vez en un restaurante, el Albamar. Comieron ostiones de entrada. A Serjoca, una vez más, le costó trabajo comerse los ostiones. Soy un torpe, pensó.

Pero antes de que se reunieran, Aurelia le habló por teléfono a Serjoca: necesitaba que la maquillara urgentemente. Él fue a su casa.

Y entonces, mientras él la maquillaba, Aurelia pensó: Serjoca me está quitando el rostro.

### EL VIACRUCIS DEL CUERPO

Tenía la impresión de que él le borraba los rasgos: vacía, una cara de pura carne. Carne morena.

Sintió un malestar. Pidió permiso y fue al baño para verse en el espejo.

Justo lo que se había imaginado: Serjoca había anulado su rostro. Hasta sus huesos —y tenía una estructura ósea espectacular—, hasta sus huesos habían desaparecido. Me está bebiendo, pensó, me va a destruir. Y es por Affonso.

Volvió disgustada. En el restaurante casi no habló. Affonso hablaba más con Serjoca, apenas si miraba a Aurelia: el

que le interesaba era el chico.

Por fin, por fin terminó la comida.

Serjoca quedó de ver a Affonso aquella noche. Aurelia dijo que no podía ir, estaba cansada. Era mentira: no iría porque no tenía una cara que mostrar.

Llegó a su casa, se dio un largo baño de tina con burbujas y pensó: dentro de poco me va a quitar también el cuerpo. ¿Cómo recuperar lo que había sido suyo, su individualidad?

Salió de la tina pensativa. Se secó con una toalla enorme, roja. Siempre pensativa. Se pesó en la báscula: estaba bien de peso. Dentro de poco me va a quitar también el peso, pensó.

Fue al espejo. Se miró profundamente. Pero ya no era nada.

Entonces... entonces de pronto se dio una tremenda cachetada del lado izquierdo de la cara. Para despertarse. Se quedó inmóvil, mirándose. Y, por si no bastara, se dio otras dos cachetadas.

Para encontrarse.

Y realmente sucedió.

En el espejo vio al fin un rostro humano, triste, delicado. Era ella, Aurelia Nascimento. Acababa de nacer. Nacimiento.



*Paul Núñez*

# Caperuza

María Elena Sarmiento

Ay, por favor, no me vayas a decir Caperucita y mucho menos se te ocurra agregarle el color que estás pensando. Imagínate andar por la vida llamándote Vestidito Amarillo o Abriguito de tono pastel. La dichosa capa con gorro a la que hace referencia mi nombre era roja cuando me la hicieron de niña, pero con tantas lavadas ya está como medio naranja o rosa sucio o qué voy a saber yo de qué tono llamarle a esta cosa. ¡Ya sé!: color de uso exclusivo en casa y falta de aventuras, de injusticia, de que tengo que vivir a través de lo que otros me cuentan y de todas formas mi caperuza deja de ser tan roja.

Ya estoy harta de que la vida me tenga encerrada. Si no es por una cosa es por otra. Cuando mi mamá era niña, ella sí pudo salir al bosque, enfrentar los peligros y construir sus propios cuentos. Con eso de que los feminicidios aumentan en nuestro país, a mí me han tenido siempre escondida y todavía me hacen creer que seré mujer empoderada. ¿Cuándo ocurrirá eso?

Al fin tenía una oportunidad. Mi ma estaba muy ocupada, así que era mi turno de llevarle la despensa a mi abue. Sin embargo, los especialistas dijeron que la podía contagiar, que hasta que no nos vacunaran a todos, el riesgo de ir y venir era muy alto y que yo no la podía ver, que me tenía que quedar encerrada en casa.

Llevo un año tomando clases por zoom. Mi mamá trabaja en lo que puede y le pide ayuda al leñador, pero dado que mi abuela no es muy buena con la tecnología, no estamos seguras de que él en verdad le entregue lo que

le mandamos. Se supone que es un hombre decente, pero las cosas ya no son tan claras como antes. Ya todo se ha vuelto un juego de roles en los que unos dicen ser buenos y otros malos, pero en verdad nadie es lo que aparenta. Mientras tanto, yo sigo guardada en mi casa sin poder conocer a nadie. Las etiquetas son limitantes. ¿Quién sabe quién va a ser un lobo en verdad? Ya les dije que ni siquiera mi caperuza es tan roja. Yo misma, a veces me pregunto si quiero seguir siendo tan buena. A ratos tengo ganas de cortarme al menos para ver correr algo de sangre o de cortar a otros, pero nunca lo he hecho.

Bueno, ya me estoy desviando de mis quejas. Lo que en verdad me molesta es la forma en la que me tratan. Ya tengo casi catorce años y todavía sigo en la inocencia de los diez. Todo me da miedo porque no me han permitido ni asomarme a la ventana. En otras épocas, a mi edad, las niñas ya eran mujeres.

En pocas palabras: solicito un lobo que quiera jugar conmigo a ser feroz, acompañarme a crecer. Ya veré yo si quiero ceder a la tentación de irme por ahí y desobedecer a mi mamá que me advierte sobre los peligros o seguir siendo una niña buena, pero necesito tener esa opción.



# A la caza del último elefante blanco

Andrea Fischer

## 1. *Asfixia*

En medio de la noche, sentí el peso de una masa blanda y blanca encima de mí. La hora, la fecha y el lugar eran lo de menos: algo inmenso me impedía moverme. No podía respirar. Empecé a soltar patadas, golpes, puñetazos al aire. Justo antes de perder la consciencia, impacté algo. Soltó un gruñido adolorido y cayó contra el suelo. La presión cedió.

Me levanté de inmediato. Tenía una almohada encima de la cara. La aventé al piso como pude y me incorporé viendo puntos amarillos en el techo. En el silencio del cuarto, el ritmo acompasado de mi propia respiración tardó en regresar. Acostada a mi lado, inmóvil, estaba mi prima Esperanza con los ojos cerrados. No pude dormir hasta que salió el sol.

## 2. *Lentitud*

Mi papá tiene dos hermanas. Una tiene casa de descanso; la otra, trabaja todo el día en el Hospital General. Con la primera, todos los años íbamos a pasar un par de semanas en la privada de Tepoztlán. A la otra, rara vez la veíamos en las comidas familiares. Dejamos de verlos por años. Con el tiempo, sólo veníamos mis otros dos primos y yo. En esta ocasión, sin embargo, la invitación también llegó a ellos: a mi tía le pareció buena idea reconectar con Esperanza y esa parte de la familia.

A su madre le fue tremendamente conveniente, porque mi prima no sale y no tiene amigos. Alguna vez, la escuché confesar que su hija le era un peso que quería



quitarse de encima. Siempre sospeché que Esperanza lo sabía, y que por eso no hablaba con nadie. Venir a Tepoztlán podría, bajo esta lógica, calentarle un poquito el corazón.

La idea era quedarnos ahí una semana. Al principio, Esperanza no se acercaba a nosotros. El poquísimo contacto que teníamos era en la noche, porque mi tía nos mandó a dormir en la misma cama. Por lo demás, se encerró en el cuarto y sólo bajaba a comer, con los audífonos puestos. Como teníamos casi la misma edad, mi tía me pidió que me intentara acercar a ella para integrarla, pero la verdad, no sabía ni qué decirle. Eventualmente decidimos platicar entre los demás y yo, mientras ella encajaba la mirada en el plato, en el suelo, entre las grietas de las paredes.

Esperanza se difuminó con el paso de los días. En la casa, la cosa es lenta. Así es en Tepoztlán. Mi tía se levanta al claro del mediodía. A veces, mis primos se bañan hasta las dos de la tarde. Luego se les olvida y deciden hacerlo hasta que regresan a México. Ni el sudor, ni los trastes sucios o el piso sin trapear les impiden, sin embargo, disfrutar de tener la casa llena.

De todos, soy la única que se levanta a las siete de la mañana. Antes de que mi tía se dé cuenta, ya barrí y limpié la mesa del comedor. Mis primos siempre han pensado que lo hago por hacerle la vida más fácil, pero la verdad es que lo hago por mí misma. Ni modo: no me gusta comer en un lugar sucio. El desayuno se hace comida y la cena se prolonga hasta las tres de la madrugada, en una sobremesa interminable. Afuera, en el jardín común, en la alberca se desliza el reflejo del sol conforme las horas pasan.

### *3. Todas las vértebras*

Desde que somos niños, a mis otros primos y a mí se nos

hizo ir a dar la vuelta juntos por el fraccionamiento. A mi tía le parecía bien, porque le daba un ratito de paz para sí misma. Había veces que salíamos todos los días. Esta vez, extrañamente nadie había querido. Ni siquiera se nos ocurrió.

Una tarde, después de comer, encontré a Esperanza sentada en la orilla de la alberca. Pálida, esquelética y encorvada sobre sí misma, miraba su propio reflejo sobre la superficie en silencio. Debajo del traje de baño a rayas — una blanca, una azul; una blanca, una azul— se le marcaban las vértebras a lo largo de la espalda. Me acerqué a ella:

—¿No quieres ir a caminar por el fraccionamiento?

Se sobresaltó y me volteó a ver. Me recorrió con la mirada. Nunca me había dado cuenta, en 23 años que tenemos de conocernos, que tenía los ojos color miel. Se le difuminan detrás de los marcos pesados de los lentes que usa. Apretó los labios:

—Va.

Una brisita fría repentina me erizó la piel.

#### *4. El último elefante blanco*

Le dije a los demás, pero no quisieron acompañarnos. Hubo un punto, al salir de la casa, que me arrepentí. No sabía ni de qué íbamos a hablar durante una hora, en lo que pasábamos frente a las demás privadas del lugar. Fue entonces que se me ocurrió visitar al último elefante blanco.

Cuando mi primo más chico tenía siete años, encontramos una casa que desentonaba con las demás. Estaba en el último rincón de Tepoztlán, donde la montaña se come al resto del pueblo. Nos imaginábamos que algún viejo loco sin gusto la había mandado construir para sí, porque nunca había nadie, y con cada año que pasaba, el edificio tenía un piso nuevo. Blanco, enorme y sin sentido

estético, parecía un paquidermo pálido y gordo. Para llegar hasta allá, por lo menos era media hora a pie. Me pareció que no sería necesario hablar entre nosotras: a veces necesito salir para organizar mis ideas.

Aunque eran apenas las cinco de la tarde, trazos de ventiscas frías recorrían las calles. No había nadie más que nosotras. Esperanza me seguía con docilidad, mientras le platicaba lo que sabía de los vecinos y de las casitas que ahí había. Todas eran del mismo color, y generalmente estaban vacías. En el cielo no se aparecieron nubes. Ella parecía flotar sobre el pavimento, como la sombra de un árbol triste. No me di cuenta de cuándo dejé de hablar. Al llegar a la última calle, voltéé a ver a mi prima. Al ver al elefante blanco, algo parecido a una sonrisa le asomó en los labios.

### *5. La muerte del elefante blanco*

Regresamos a la casa de mi tía sin decirnos nada. Cenamos y mis primos quisieron jugar cartas en la mesa. Esperanza intentó seguir el juego sin éxito. Luego se subió a dormir, como a las diez de la noche. Fue el día que más convivimos en toda la vacación. A las ocho de la mañana, mi tía azotó la puerta del cuarto en donde dormíamos. Tenía los ojos exorbitados:

—Esperanza no está —me dijo, y salió corriendo a preguntarle a los policías de la pluma si la habían visto.

Intenté marcarle a su celular, pero sonaba sobre la mesa del buró. Veinte minutos más tarde, mi tía regresó gritando a la casa, con la noticia de que la habían visto caminando sola a las altas horas de la madrugada. Nadie avisó nada, porque parecía muy segura de lo que estaba haciendo. Una patrulla local acompañó a mi tía hasta donde la habían visto la última vez. Dos horas más tarde, mi tía regresó con los ojos hinchados sin saber en dónde estaba.

—No la encontramos. No está en el fraccionamiento

—se lamentaba en la mesa del comedor, con las manos cubriéndole el rostro.

—Creo que yo sé —, le dije.

Sacamos su camioneta y llegamos a la última calle del fraccionamiento en cinco minutos. Afuera del portón de la casa blanca, Esperanza estaba hecha un ovillo. Se veía minúscula frente a la construcción, que ya tenía cuatro pisos contruidos. Mi tía se bajó del coche sin apagarlo. Tuve que meter el freno de mano para no que no se estrellara contra la pared de la casa. *Qué haces, por qué saliste a esa hora, cómo llegaste hasta aquí sola*, le repetía ella con los ojos llorosos. Esperanza la abrazó, sin decir una sola palabra.

Luego se subieron al coche de nuevo. Al regresar a la casa, Esperanza se acercó a mí y me dijo:

—Maté al elefante blanco.

Ni siquiera le contesté. Ese mismo día nos regresamos a México. No volvimos a hablar nunca, y mi tía desistió en sus intentos de reintegrar a la familia. Al verano siguiente, cuando mis primos y yo salimos a buscar la casa blanca, encontramos un terreno baldío, con maleza crecida. El más chico de ellos agarró una piedra del piso y la lanzó hasta la profundidad del espacio. Nunca escuchamos que llegara al suelo.



Paul Núñez

# Madre

Cecilia Durán Mena

Dentro de nada, cuando se abran las puertas de vidrio de la librería y las fieras del tiempo me den permiso de pasar, te cumpliré el gusto que no me pediste: te felicitaré por tu nuevo libro. Es curioso, este mundo de casualidades es curioso. Era el cuarenta y ocho de la fila y ella lo sabía. Semejante perversidad. El cuerpo de seguridad nos había numerado con pancartas y aunque siempre imaginé que debiera haberme tocado el número uno, recibí el cuarenta y ocho.

Compré tu libro en preventa. Me esforcé en ser el primero. Estuve pegado a la computadora esperando el momento en el que el portal abriera el espacio para admitir el pago. Tenía todo listo: la tarjeta de crédito a la mano, el número de seguridad y hasta avisé al banco sobre el cargo para que no lo fueran a bloquear. Tardé apenas un minuto, menos. Me tomó unos segundos. Nunca imaginé que tuvieras tantos seguidores. No fui el número uno ni el dos, ni siquiera el diez. Cuarenta y ocho, me tocó el cuarenta y ocho. Por lo menos logré ese lugar. Al haber sido uno de los primeros cincuenta, sería invitado a la firma de libros. Me enteré de que, a los pocos minutos, el sitio colapsó. Tuve miedo ¿y si no quedó registro? Quedó. Fui de los privilegiados en recibir *Tu olvido* antes que nadie. Si te soy sincero, no lo he leído. La crítica te trata bien. Sí, ya sé que eso no significa mucho. Dicen que es de lo mejor que has publicado.

He leído varias reseñas, alaban la forma en que utilizas el lenguaje: se refieren al vocabulario, la métrica, la prosodia y te tachan de ser una maestra en el oficio. Desmantelan la estructura, aprecian las elipsis, aplauden tus decisiones sintácticas, los juegos gramaticales, el adecuado uso de las figuras retóricas. Parece que hiciste buen

trabajo. Otros te felicitan por la forma en que plasmaste los sentimientos, la forma en que enganchas al lector y lo llevas de la mano a lo largo del texto. Hay quien dice que al leer parece que están escuchando tu voz. No sabría decirte si eso es cierto, no me he atrevido a leerlo.

Bueno, como dice Francis Bacon, al que estoy seguro de que has leído: *nunca te disculpes, nunca expliques*. No me estoy disculpando por no haberte leído. Claro que la negación es reflejo de mis inconsistencias. Desde la inacción, me he hecho cargo de mi falta de lógica, de mis incongruencias. Según yo, imito la ironía de Sócrates y me precipito a la desgracia de la contradicción. Con cara dura, me aguanto la vergüenza y la tentación. Miro la mesa de noche, el libro de pasta dura me hace temblar y rechinar los dientes. Es ridículo, pero siento que estás ahí.

Recuerdo que mi profesor de Ética me dijo que el Marqués de Sade sostenía que el placer de la lectura brota de las grietas, de códigos antipatéticos. Si esto es así, si mis resquebrajaduras son la medida: mi placer será inconmensurable. Mi código es un deseo pomposo de entrar en contacto y de alejarme corriendo. Así, voy distribuyendo la comezón que me provoca ver tu fotografía. Me recorre una desarmonía ver que la mano que sostiene tu barbilla es idéntica a la mía, que compartimos esa mirada de ojos grandes, que tenemos los labios delgados como un guion largo, que se nos dibujan dos comas en las mejillas cuando sonreímos y que a los dos se nos formó un canal profundo en el entrecejo. Eres hermosa. No luces las huellas de calvicie temprana que se reflejan impúdicas en el espejo. Si nos tomaran una fotografía juntos, dirían que soy tu hermano. No sé si eres tan alta como yo. No sé qué tanto tengo de ti. Que tanto de tu fondo y forma integra mi yo.

Dicen que el amor se hereda como una bufanda que los deudos se cuelgan para rememorar el aroma del que ya

no está. Si yo heredara la tuya, el olor no significaría mucho. No me malinterpretes, no espero herencias de ningún tipo ni nada. En realidad, no sé qué espero. Tal vez, rellenar los huecos. En mis fantasías siempre imaginaba si preferías las pestilencias afrutadas o los acentos cítricos. Me preguntaba si te gustaba lo dulce o lo salado, si tendrías la piel suave y la voz grave. En mis sueños infantiles, nos veía caminando por los pasillos de un museo hasta llegar a la galería de retratos femeninos. La pesadilla me hacía sudar frío, frente a cada pintura, tu rostro cambiaba. Frente a Velázquez eras una limosnera de Vallecas, con Goya te convertías en la Duquesa de Alba, delante de Juan Gris eras una naturaleza muerta con guitarra, con Picasso eras Dora Maar llorando.

Cuarenta y ocho, hace cuarenta y ocho días que me llegó la invitación para asistir a la firma de libros. Es injusto, nunca sabemos cuándo el amor nos pasará la factura. Estamos sentados, frente a una taza de té cargado, mordiendo el pan tostado al que le untamos mantequilla y azúcar. De repente, sin avisar, como un ladrón experimentado, un sobre blanco te quita la paz. Entonces, el río sin agua se desborda, la aridez del desierto se inunda y la dulzura de la boca se cambia por la agrura que crece desde la boca del estómago. El piso da vueltas y en sus giros te preguntas lo qué quieres hacer. Te debates. Sabes la respuesta, pero sientes frío. El péndulo oscila entre el deber ser y la curiosidad. Cuando divagamos, el pensamiento suele llevarnos a los grandes líderes, a los poetas famosos, a los héroes y a los canallas.

En el remitente, leí tu nombre. En la invitación, había un teléfono al que se debía marcar para confirmar la asistencia. El prefijo era cuarenta y ocho, que es la clave de larga distancia de Polonia. La conclusión era definitiva, se trataba de ti. La derrota de la cordura me obligó a llamar de inmediato. Me contestó una voz de máquina. *For english, press nine*. Seguí el menú de opciones, apretaba las teclas

con las manos húmedas y los dedos temblorosos, no me rendí, quería saber lo que sería escucharte. La voz maquina me acompañó en el proceso hasta confirmar mi asistencia. Volviste a ser lo que siempre has sido. No obstante, esa mañana me destinó a estar aquí, de pie, con el cartel del número cuarenta y ocho y esperando en la fila.

Las razones que nos pueden servir para provocar canalladas o salvar vidas brotan del mismo hoyo. Porque sé que los sueños se corrompen, en este caso, decidí quedarme al ras del piso. Mente fría en cuerpo atento. Ni te imaginas cuántos espejismos me has inspirado. Al ver mi sombra, imaginaba cómo se vería la tuya a mi lado; al pasar por los pueblos en la carretera, me preguntaba si ahí vivías y señalaba cualquier casa como si fuera la tuya; en las obras escolares, me decía que esa figura que se obnubilaba por las luces del reflector eras tú y que habías venido a verme. Pasaron sombras, caseríos, puestas en escena y la huella negra de tu figura se fue desintegrando con el tiempo. La desarmonía fue persistente en la memoria.

No todos los huérfanos tienen el mismo horizonte, ni todos lloran la ausencia del abandono. Mis veranos estuvieron llenos de sol y mis inviernos se cubrían con sábanas de franela. Me recibieron con una cuna cubierta de seda. De niño fui torpe, pero jugué fútbol; en la adolescencia me salieron granos en la cara, el pecho y la espalda: mamá me llevó al dermatólogo. Me dieron la oportunidad de recibir educación de excelencia, me gradué y papá me apoyó para iniciar mi propio negocio. Pero, la mente es inquieta y el espíritu tiene acentos de ingratitud. Imaginaba que, junto a las huellas de mis pasos, de algún modo, también estaban las tuyas.

Entre pesadillas, te encontraba. Ese era el único espacio posible de encuentro. Nuestros pasos se alargaban en la playa, en el filo del mar, rozados por el agua. Tres



pares de pies, los tuyos cerca del límite más húmedo, los míos en medio, los de mamá en la zona seca. Sabía que tus huellas durarían poco, siempre se quedaban ahí algo más que un momento. El mar las cubría. Al regresar a su cauce, ya sólo quedaban dos pares. Despertaba gritando en medio de la noche, mis padres me preguntaban qué pasaba. Me daba vergüenza decirles. Los brazos de mamá me rodeaban: ya pasó, es un mal sueño. Se quedaba a mi lado, hasta que me vencía el cansancio y soñaba cosas buenas.

En esos años, mamá me compró una lamparita. La dejaba encendida. Era un tipo de ritual, un pacto que hacía con la noche. En mi cabeza de niño, si no dejaba que entrara la noche, tampoco entrarían las pesadillas. Nunca les conté qué era lo que veía. Ellos atribuyeron mi silencio a la pena que me daba mojar la cama. Siempre que te metías en mis sueños, me orinaba. Tal vez entonces me atemorizaba tu sombra.

Recuerdo los primeros años de independencia. En la luz del balcón o en la sombra de la estancia, aparecías y desaparecías, con una especie de torpeza suplicante: callada, íntima. Me daba vergüenza. Me daba curiosidad. Eran como vagones melancólicos que iban frenando al tren que ya no sabía lo que era atrás y adelante, adentro o afuera. Estabas en los reflejos de los cristales, en la tachadura de un papel de cuadrícula grande, en la mesa de la cafetería, en la botella de leche que se quedaba en la esquina profunda del refrigerador. Estabas en el cielo limpio y en la nata de contaminación. Estabas en los escombros y en los rascacielos. También aparecías en las montañas con nieve y en las palmeras cocoteras de mi casa junto al mar.

Pero, no estuviste en mi primera comunión ni graduación de primaria ni en el baile de entrega de diplomas de la universidad ni en la capilla el día que me casé. No estarás en el bautizo de mi hijo ni lo escucharás gritar mi nombre ni lo recogerás de la escuela. No lo verás nacer. Y,

con todo, un día acumulé el valor necesario. No te imaginas lo fácil que es abrir expedientes, preguntar y encontrar respuestas. Fui discreto, no por ti, por ellos, sobre todo por ella. Si hubiera sabido lo sencillo que iba a resultar, tal vez lo habría intentado antes. Me hubiera ahorrado tantas noches de dar vueltas en la cama, con el ojo pelón, pensando por horas y horas.

Todo está en línea. Si saber tu nombre fue poco complicado, buscarte y dar contigo resultó cosa de juegos infantiles. Era como si fueras Hansel o Gretel dejando pistas para poder encontrar el camino. Los rastros no requirieron la deducción de Sherlock Holmes ni la astucia de Hércules Poirot. Pero, no hay momento más terrible que el de la verdad. Estar aquí, requirió coraje y valentía. Se lo dije. Le conté que te busqué y que logré encontrarte. Sus ojos se llenaron de lágrimas, le tembló la mandíbula, guardó silencio. Me dio la bendición y me deseó que encontrara lo que estaba buscando.

Sí. Era el cuarenta y ocho de la fila y ella lo sabía. Se abren las puertas de vidrio de la librería y dentro de nada, las fieras del tiempo me darán permiso de pasar para cumplirte un gusto que no me has pedido. Te felicitaré por tu nuevo libro. Me verás, te veré. ¿Sabrás? Sabré.



*Paul Núñez*

# Dimensiones

Virginia Meade

Dura un instante, ni siquiera un segundo, aún así, veo o percibo la presencia de alguien cuando entro a una habitación: una mujer bajando las escaleras de mi casa. Ella está en sus treinta, se ve contenta y lleva de la correa a un perro pequeño. No me ve. Confundida continúo caminando hacia la cocina. Entro, ella sale.

Nos mudamos de casa dejando atrás una vida para tener más espacio, estar cerca de la escuela y trabajo, un mejor vecindario. Pronto llegan dos perritas medianas que se dedican a cavar el pasto recién colocado. Se roban el palo de la escoba que tratan de meter a la cocina. Hombres pintando muros. La perrita entra con manguera chorreando de agua. Es entretenido el circo de tres pistas.

Semanas después, decidí que era hora de darme un premio, ir a la estética para un corte de cabello y teñirme las canas. No podía posponerlo más. Así es la vida. Un día eres rubia y al siguiente pareces tu abuela.

Al regresar, la señora que me ayuda se encuentra aspirando, espero a que apague la máquina para avisarle que ya regresé. Ella desde el descanso de las escaleras me mira y dice con gusto:

—¡Ya es usted otra vez! Por cierto, no encuentro el desarmador plano de la cocina. Se lo encargo.

Le contesto con ironía mientras camino a la silla del comedor donde siempre dejo la bolsa:

—Debe estar junto al despachador de Diurex y las tijeras.

En cuanto me acerco a la silla, siento un cosquilleo en la espalda, en la cama de una de las perritas está sentado a horcajadas un niño que me sonrío, tiene la tez blanca y el cabello enmarañado, usa una camisa de franela a cuadros verdes y rayas azules, sus pantalones de mezclilla están doblados de tal manera

que puedo ver sus botas de gamuza café. Mentalmente, le digo que no debería usar la cama de la perrita pues se va a llenar de pelos. Él sonríe aún más; me parece que se ríe de mí. Añado. ¡Qué se me hace que tú eres quien ha escondido todas esas cosas! Suelto mi bolsa y la sensación de travesura se desvanece.

En la noche mientras hablo por teléfono con mi mamá, le cuento del niño. Ella me aconseja que le deje golosinas y juguetes para que regrese todo lo que tenga escondido. Lo hago. En realidad, creo que a raíz de la mudanza muchas cosas las dejamos olvidadas y después nos las encontraremos. Así fue.

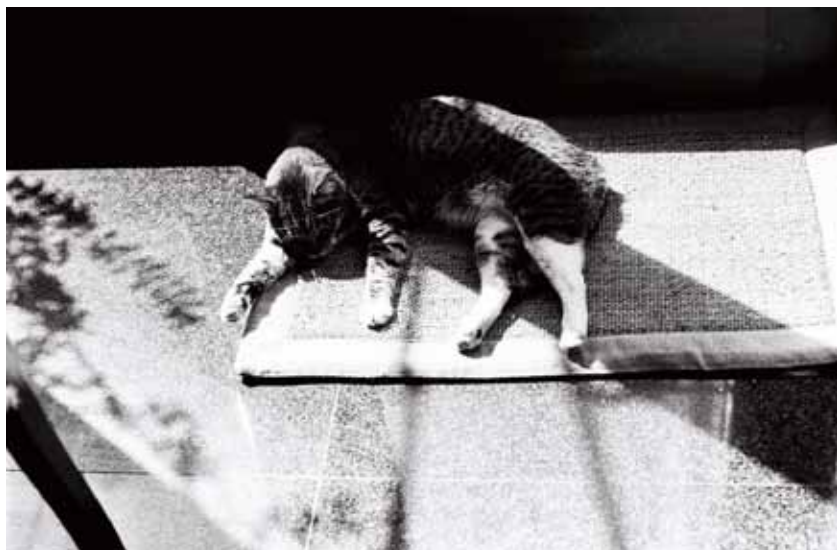
La mañana es espléndida, incluso el aire mueve con armonía las ramas de los árboles. Antes de salir al jardín para hablar con Julián alcanzo mi sombrero de paja. Tengo que recordarle por enésima vez que no exagere al podar la hiedra. Es un pleito entre mi esposo y él. A mi marido le gusta que el muro verde sea intenso y parezca un colchón de hojas. El jardinero me espera junto al naranjo —sus pequeñas flores blancas nos regalan el perfume que se dispara por todo el jardín—, sostiene en la mano las tijeras para podar. Mientras hablo, él clava las puntas en la tierra negra. Tiene la cabeza baja y sólo dice: como diga el patrón.

La mañana es perfecta percibo el aroma de las plantas recién cortadas. Me asomo por una ventana que alguien dejó abierta. Apoyo los brazos en el dintel para observar el jardín de la casa de junto. Me llega el aroma de flores. Una mujer está conversando con un hombre que tiene la cabeza gacha y que, con unas tijeras de podar golpea el suelo negro. Ella sostiene con una mano el sombrero de paja que se niega a quedar quieto. Creo que iré por una taza de café.





*Autorretrato en 120mm*  
**Isabela Ripoll**



*Bañitos de sol*  
**Andrea Fischer**



*La noche florece*  
**Laura O'Dogherty**



*De la serie A lo alto I*  
**Santiago López**



*De la serie A lo alto II*  
**Santiago López**



*Sin título*  
**Fernando Montoya**



# Mi madre

Norma Soffer

En su condición de mujer, antes de ser mi madre, Frida se entretenía, se juntaba con las vecinas y saltaban la cuerda. Su mamá le pedía que supervisara la sopa, y ella con frecuencia lo olvidaba por estar jugando en la calle.

En su condición de mujer, antes de ser mi madre, Frida deseaba que no le hicieran esas trenzas y poder llevar el pelo suelto. Soñaba con poder usar vestidos lindos, sobre todo, menos desgastados que era como los dejaban sus hermanas mayores; aspirar a verse coqueta y usar ropa femenina y vaporosa, ir al cine o que la dejaran ir a la fiesta de 15 de la niña más popular del colegio.

En su condición de mujer, antes de ser mi madre, Frida se rehusaba a ir a trabajar al negocio de calcetines de su papá y tenía grandes anhelos. Fantaseaba con terminar la preparatoria y comenzar una carrera; con estudiar mucho, ser dedicada y sobresalir entre todas sus compañeras. Le ilusionaba ser diferente, no trabajar en la tienda ni supervisar la comida ni casarse siendo una niña ni cuidar de sus hermanos menores. Ella tenía que olvidar, para sufrir menos, que tenía sueños propios. Pero le costaba trabajo, se sentía poderosa y a veces indestructible, sobre todo cuando la vida le demostró que era la más fuerte de entre sus seis hermanos. Si alguno se enfermaba de alguna epidemia común de la niñez, los concentraban a los seis en el mismo cuarto y los encerraban juntos para que se contagiaran todos de una vez. Decía su madre que era la única forma

de ir erradicando, una por una, todas las enfermedades y no tener niños enfermos constantemente. Era Frida la única que nunca contrajo ninguna enfermedad, nunca fue ella la razón de que los encerraran a todos en una habitación y ella fue la única que nunca se infectó de ningún virus, aun inmersa en el mismo cuarto con los otros todos contagiados.

En su condición de mujer, Frida ya casi no se acuerda de lo que hubiera querido ser. Sabe bien que le hubiera gustado acabar la preparatoria y cursar la universidad. Sin embargo, era una visión muy descabellada para ella, por eso, ni siquiera decidió qué carrera le hubiera gustado estudiar. Sabía que debía abandonar sus estudios terminando la primaria, ayudar a su padre en la tienda, y supervisar la cocción de las carnes y la temperatura de las sopas mientras llegaba un hombre que quisiera desposarla.

Frida, en su condición de mujer, hubiese querido tener aquel hijo que nunca tuvo, y que nadie le preguntó si deseaba tener. Y hubiera querido usar ropa sofisticada y haber aprendido a manejar más joven, y a nadar.

¡Qué escándalo! No es siquiera viable que Frida piense lo que le hubiera gustado hacer, o decir... Como el himen que se arranca de una mujer ya desmembrada, se erradicó de su mente la noción de ser ella una mujer independiente. Pero no del todo, porque siempre le quedó el brillo en los ojos, mas no aquel que destella la felicidad, sino el que proviene del llanto que siempre está ahí, listo para ser expulsado con la primera ráfaga del más sutil recuerdo, la más leve insinuación. Frida mejor hizo eso, enterrar todos sus deseos y no tenerlos, así era menos probable el dolor y menos probable el llanto que siempre está a la espera. Y

lo sepultó todo debajo de una faz acartonada y rígida de la cual cuelga, como de un gancho, una sonrisa.

Frida olvidó quién era antes de dejar de serlo, y lo que quería ser. Y lo dejó tan bien oculto que ya no se acuerda dónde lo escondió, y no recuerda su edad y dice que el día de su cumpleaños es ficticio, y así, se va borrando un poco más y un poco más, aun dentro de su propia existencia. Y parece una anciana cuando no lo es; y con su postura curva no ve a los demás y mira al piso y ni así sus ojos pierden el miedo de irrumpir en llanto y su voz va bajando de volumen y sus respiraciones se acortan y ha tenido por fuerza que olvidar que un día quiso ser la mejor de su clase y dibujar, y que riñó con su madre para despeinarse las trenzas y que se estrenó a escondidas un vaporoso vestido de su hermana y que le echaba más agua a la sopa para saltar por más rato la cuerda en la cuadra.

# Un amor para recordar

Jaime Valdés

Ya estaba harto de la soledad. Aunque me llevo bien conmigo, eso de estar solo se había vuelto crónico. Decidí socializar, conocer mujeres. Pero, ¿cómo? Estaba desencanchado después del intento de mi última relación, que me dejó exhausto en lo emocional y socialmente desorientado.

Un domingo, hace casi tres semanas, le comentaba esto a un amigo y me recomendó una página de internet para encontrar pareja. Le hice caso y por la noche me inscribí. Había varias opciones, una de ellas gratis y otras que supuse, eran VIP.

El lunes revisé desde mi celular y tenía nueve enamoradas, bueno, es un decir. Eran mujeres que coincidían con mi edad y algunos gustos, los publicables en medios sociales. En fin, de esas nueve, con tres de plano no coincidía, digamos: visualmente, y las eliminé con cierta vanidad. Dos me batearon a mí y sentí feo. El marcador era 3 a 2. Una nunca contestó. Conocí a las otras tres.

Con la primera me cité en un restaurante en el sur. Ese día estaba cansado y eso amortiguó mis nervios. Bebimos naranjadas, yo pedí algo para cenar. Ella salía con otros hombres que había conocido por la página y mencionó que a veces había *click* y otras no. Esa noche no hubo *click*.

La segunda mujer me citó una mañana para desayunar en una zona céntrica, ya que tenía que atender negocios. Muy bien. Hubo *click* y nos reímos de la situación. Mujer inteligente con un hijo en casa. Había dejado de fumar recientemente y se notaba bastante calmada sin su cigarro. Me invitó como amigo en Facebook. Conversamos algunas tardes por teléfono con fluidez. Luego vino un silencio de un par de días. Pánico.

La invité a desayunar un día que era festivo y la encontré fumando de nueva cuenta. Me contó que a través del *feis* mi ex la

había contactado, había entrado en pormenores y ahora eran amigas solidarias: ellas en contra mía. Se me indigestó el desayuno.

Esto se ponía difícil. La página de internet me invitaba a probar gratis por una semana el nivel *premium*. Accedí. Aparecieron nuevas enamoradas virtuales. Esta vez tuve más cuidado en la selección. Al siguiente día, la novena del primer grupo me dejó un simple hola en el chat de la página. Respondí con efusión, ya que se trataba de una mujer bellísima, al menos en las fotos.

Después de algunos chats, le envié un correo explicando un poco qué hacía yo ligando en la red en la que me había enredado finalmente. Contestó dos días después, para mi descanso. Me dije que esto del romance virtual era muy nuevo para mí y quizá los tiempos de respuesta eran adecuados. Nos citamos un viernes.

Ella me avisó por texto que tenía problemas con su auto y llegaría con retraso. Yo había pedido un café e intentaba leer; me levanté como cuatro veces a ver si no me había equivocado de mesa. Ahora sí, estaba nervioso como en la prepa. Al fin llegó. Me quedé mudo, la realidad superaba a la foto: hermosa de verdad. Ordenó un té, conversamos tranquilamente.

No sé cuándo, pero me relajé y me apeteció un vino, así que la invité a ir a otro establecimiento para degustar. Aceptó, para mi alegría. Pedí la cuenta y con ella nos trajeron una cortesía que requería adivinar una pregunta: “¿Quién compuso la canción de donde tomaron los Rolling Stones su nombre?”: a) Bob Dylan, b) Muddy Waters, c) Howling Wolf. Yo supuse que Dylan y ella acertó con Muddy. Eso me flechó definitivamente.

Fui por una copa y acabé ordenando una botella de pinot noir sugerida por la *sommeliere*. Cenamos, bebimos, conversamos hasta la medianoche. Podía conversar toda la noche con esa mujer con tanta luz en sus ojos y Muddy Waters en la sangre.

Nos despedimos, ella tomó un taxi y no quedamos en nada, pero supuse que hubo *click*. Bueno, por lo menos yo sí.

El sábado: nada durante la mañana, nada por la tarde. Por

la noche, salí malhumorado con mis amigos a una reunión y les conté de la infatuación por una relación cuasi virtual. Pregunté directamente si debía insistir. Hubo polémica, pero el consenso fue que sí y ahí mismo le envié un texto cuidadoso, pero dejando ver que quería verla en ese momento. Nada.

Domingo, nada. Simplemente desapareció, ni Whatsapp, ni correos, ni textos que dieran trazas de ella. Seguí insistiendo y ella nada. Del pasmo pasé a la depresión y de ahí al enojo. Finalmente, decidí eliminar virtualmente todos los nexos de los medios sociales para borrarla de mi memoria y me dediqué a rumiar mi soledad nuevamente.

Dos semanas después, me llegó al celular un mensaje de la página de internet igual que los de la primera semana. Emocionado, decidí llegar a casa y leerlo en la computadora. Internamente con orgullo me decía: “¿No que no tronabas, pistolita?”

Abrí el mensaje que decía: “Estimado señor: Le recordamos que al final de su semana gratis en el nivel *premium*, de no darse de baja, acepta subir al nivel *platino*. por lo cual hemos cargado a su cuenta asociada a Facebook la cantidad de \$500 USD. Le deseamos suerte en su búsqueda. Atentamente, etcétera”.

Ciertamente, un amor para recordar.

# Infidelidad

Juan Antonio Díaz Becerra

El día de mi boda estaba lejos de sospechar que mi flamante marido ya estaba casado, lo que entonces pudo haber sido una tragedia en estos momentos me importa un carajo. No me interesa si doña Lucha me lo contó con verdadera preocupación o como un chismoseo más. De igual manera me vale un cacahuete que sea un pendejo que no sabe guardar su pobre equipo en los pantalones.

Tampoco encuentra eco en mí la ambición de vengarme pues ni siquiera sé si me alcanzaría el tiempo para lograrlo, además, ¿qué ganaría? Aunque a la vez me reconozco como alguien incapaz de otorgarle un perdón incondicional pues sentiría que no estoy lo suficientemente enojada con ese hijo de puta.

No tengo miedo de que alguien me abriera los ojos y de la decisión que he tomado. Sé que el valor para hacerlo no se compra en el supermercado, sin embargo, me siento fuerte y cualquier indicio de temor lo elimino fácilmente porque ya no tengo nada que perder. Al contrario, me anima la posibilidad de elegir mi destino.

No me queda otra más que salir adelante pues además nadie me ha dado la receta para poder apagar el funcionamiento de mis sentimientos con el simple hecho de desearlo o con el mágico poder de la mente, que muchos consideran tener. Parece que esa salida es un regalo que no me merezco, aunque no sé por qué.

En unos segundos recorro lo que fue nuestra historia matrimonial, desde una luna de miel plagada de caricias placenteras, aunque falsas, hasta el apaciguamiento silencioso de una pareja añeja.

Había creído que en la vida lo difícil era tener una opción, pero como un relámpago me llega la idea de que casi siempre podemos elegir, lo que resulta esencial es hacerlo a tiempo, quizá si hubiera tomado el decreto de divorciarme antes, las cosas hubieran sido muy diferentes.

Lo que sí anoto en mi mente es cómo doña Lucha me narra con detalles la ostentación escandalosa y deliberada de sus éxitos amorosos, lo que me checa a la perfección con su modo de ser. Como un rayo de luz entre la densa niebla observo que vive obsesionado por las mujeres y corre de una a otra, sin poder elegir a ninguna, quizá no tanto porque ninguna de ellas le satisfaga sino porque, al contrario, él es incapaz de comprometerse.

Sin nada más que hacer, me doy permiso de perderme en reflexiones quizá estériles o quizá tratando de formarme una idea más concreta de aquel ser al que decidí unirme y que ahora mando a la mierda:

Cuando un hombre se enamora de una mujer ve en ella lo que él desea. Si sumo a esta idea el hecho de que ese pobre hombre nunca fue capaz de hablar de su madre, puedo suponer que le resulta una figura absolutamente insignificante, lo que refleja su cerrado machismo narcisista en la que la mujer no cuenta y por lógica es y debe seguir inexistente, actitud que incluye la omnipotente autovaloración de sí mismo que implica el menosprecio de los demás. Pero cuando un personaje no existe y ni siquiera puede ser mencionado, ¿no será acaso el más temido? —me atrevo a preguntarme. ¿No temerá quedarse atrapado en su fantasía en un vínculo con un representante materno que él mismo va desplazando de mujer a mujer?

De esta forma, se pudo transformar en un seductor seducido por su propio donjuanismo, como Narciso por el reflejo de su propia imagen dibujada en las aguas y entonces se ve encerrado en un torbellino que alguna vez tuvo principio, pero ahora no tiene fin.



Creo que no hubo golpes ni mayores aspavientos, quizá, zorra fue la palabra más dura que me dijo en toda la relación, pero aun así tenía un modito de hacerme sentir menos y sobre todo, sabía con certeza que no iba a contar con su apoyo cuando algo no le parecía.

De seguro que conmigo en lo afectivo le resultó su estrategia, pues si ya era una persona bastante insegura, me volví más. Me convertí en alguien que iba de la casa al trabajo y viceversa, con sólo contadas ocasiones para un compromiso laboral, pero nada de eventos sociales. En cambio, él era ajonjolí de todos los moles por lo que no resultaba raro que acudiera a fiestas, la mayoría de las ocasiones sin mí.

En contraposición, sus comentarios y conductas no hicieron la menor mella en mi orgullo profesional, mi éxito laboral es algo que vuelve a reverberar en mi memoria, por lo que él se sentía mucho menos en esta área. Quizá por eso el coraje e ira que me tiene y ha guardado por mucho tiempo.

Ya nada de eso importa, lo esencial es que para mí ya está muerto, enterrado y ni con la mínima posibilidad de que algún día resucite. No cargaré con un odioso fantasma chocarrero. Es un simple y pleno fin, un adiós y hasta nunca.

La vida no se ha acabado todavía, que él sea como es no le da sentido a mi existencia.



Paul Núñez

# República Dominicana

Alex Cárdenas

Estoy sentado bajo una sombrilla en un restaurante en la Plaza Colón en República Dominicana, tomando una cerveza y viendo pasar a la gente distraída y vacilante sobre su objetivo turístico, entre más caucásicos, más confundidos pero persistentes, se tropiezan entre ellos y no saben para dónde mirar.

Su cara de sorpresa no acaba de conformarse pues no saben lo que esperan ver, el lugar nos exhibe a la ignorancia y evidencia nuestro desconocimiento del escenario y de la historia de las Américas, pero nos reconforta lo rápido que podemos aprender entre palabras y entre líneas.

Vendedores ambulantes, mendigos parlanchines, músicos con aspecto rockero que tocan clásica, pintores, boleros y comensales entre árboles, cantos de pájaros y conversaciones superfluas, se debaten en la irrealidad de una tarde finita y relajada.

Los ruidosos automovilistas y los camiones rompen la armonía del escenario. Mientras, un turista europeo cuyo vientre emula una montaña y su anonadada esposa, miran hacia no sé dónde desde hace 3 minutos sin atinar al destino.

Un saxofón dice desde entonces: fui feliz pero con muy poco amor.

Un sonido ininterrumpido recuerda las responsabilidades en casa de mis padres donde tenía que barrer las hojas secas de un largo patio de cuadros verde olivo y piedra en contraste, como tablero de damas chinas, repite y repite arrastrando como hipnotizando y consigue ser el fondo de esta sinfonía callejera.

El viento es agradable como una caricia, el regalo vespertino de un día anónimo con su tarde y promesa de una noche por venir.

Una mulata con un trasero monumental desafía la confluencia de innumerables miradas sobre su anatomía. En un balanceo juvenil que deja pensamientos inimaginables en las mentes de los observadores, que se evaporan conforme se aleja sin que recuerden el evento 10 segundos después.

Las palomas revolotean recordando su presencia y solicitando algo de alimento del público benévolo que siempre se conmueve con su naturaleza animal y su encanto.

Las bancas de la plaza ocupadas de quienes descansan sin el compromiso de pagar por sentarse. Los artesanos que quieren vender algo y los limosneros que piden dinero sin recato, son escenario común en los países latinos carentes de equidad. Así sin querer me entretengo en nada y con todo, y recuerdo que Juan Gabriel no me gustaba, pero sí sus canciones.

Hoy el momento nos regala tranquilidad y solaz, me siento afortunado por tener a toda esta humanidad alrededor. Que pude no volver a ver por culpa de la fatalidad que la época tuvo que sufrir, cuanta calidez y cuanta felicidad saber que todos estamos aquí aún con temor, pero retadores y en contra de la dolorosa separación de la extrañada cotidianidad.

# A la meme

Francisco Duarte Cué

Acabo de soñar contigo. Estábamos en la sala-comedor de un departamento muy moderno, alargado como esas cajas de fierro que estaban en los buques cargueros con un largo ventanal que permitía ver un jardín cuyo verdor denotaba un esmerado cuidado de sus jardineros. Había pocos adornos, y sobre una mesa de piedra había dos vasos con agua mineral y mucho hielo.

Le diste un trago a tu bebida y te acercaste a mi diciendo: “la ventaja de este calor es que no nos va a dar frío” y empezaste a desabotonarme la camisa en lo que hacía yo lo propio con tu blusa. Todo fluyó en el tiempo de forma tal que, sin darnos mucha cuenta, estábamos ya uno dentro del otro y así nos quedamos hasta que la felicidad del momento terminó dejándonos calurosamente abrazados.

La verdad es que hoy me voy a acostar más temprano.



*Paul Núñez*

# Texto de regalo

Francisco Duarte Cué

Mi hijo llegó a mi recámara temprano por la mañana cargando una bolsa de cartulina color rojo aperlado que tenía, a manera de asas, dos cordones muy bien trenzados que hacían juego con el resto de los colores. Estiró los brazos y me la entregó diciendo que era mi regalo de cumpleaños, de inmediato la tomé y la abrí para ver qué contenía.

Al interior había una cajilla rectangular envuelta en un papel blanco de grosor medio y de textura marmoleada. Lo desenvolví con extremo cuidado y recuperé algunos pedazos de este papel para las listas del supermercado y para apuntar esa eterna tanda de pendientes que uno puede acumular sin darse cuenta. Al fin llegué a un estuche de piel, rojo intenso con decoraciones de pasamanería dorada al fuego con un mecanismo de apertura accionable con un botoncillo de bronce ubicado al frente.

La sorpresa al abrir fue grande: una bella pluma de laca negra que de solo verla invita a escribir. Con mirarla se intuía un balance inmejorable a la hora de usarla y al acercarse, el olor a tinta clásica emulaba a ese exquisito perfume que ya pocos disfrutamos al escribir a mano, como antes. Me dijo el obsequiante que tenía la obligación de escribir algo de calidad semejante a la de la pluma, que se leyera con facilidad y que por ello había exprimido los ahorros; ciertamente un regalo costoso.

Creo que cumplí con el texto; ¿podrías fingir que cumplí mi propósito? Es mi cumpleaños. Gracias por leerlo.

# Todavía lo recuerdo, eran frías

Natalia M. Vivanco

Cada vez que paso por esa calle las mismas imágenes vienen a mi mente, justo en medio de las líneas amarillas y retorcidas, ahí estaba. Hacía frío esa mañana, la neblina atravesaba la piel, era pesada, no me dejaba pensar. Había algo escalofriante en la luz del alba.

Siempre sigo adelante, tratando de no voltear al sitio donde sucedió. Nunca he vuelto a ser la de antes, todos mis compañeros de trabajo lo saben, yo lo sé, pero por alguna razón nadie ni nada hacen algo para remediarme. Siento que la muerte me persigue, o más bien que cargo yo con la muerte. Froto las manos para calentarlas, pero lo recuerdo y las alejo, eran frías.

Caigo en el colchón, quiero aprovecharlo, pero no puedo. Sé lo que se avecina, las pesadillas, el sudor, los gritos, prefiero dormir lo menos posible. Camino por un vaso de agua a la cocina, levanto la mirada, veo mi reflejo, y ahí está, veo a ese hombre de nuevo. La cara de color morado, la boca abierta minúsculamente, gotas de sangre seca lo recorren por toda la cabeza. Los ojos abiertos sin vida que miran desesperados se fijan en los míos hasta atravesar las entrañas. Sus labios partidos tratan de abrirse para decirme algo, me acerco para escucharlo, brinco asustada por sus gritos desesperados: - “Mátame por favor” - En medio de sus gritos, se rompe la ventana. El piso repleto de vidrios, mis manos llenas de sangre, rompí el vaso. Él ya no está, la ventana está en perfectas condiciones, vacía, solo soy yo.

Dejo la sangre correr, sirvo una copa de vino tinto para calmar los nervios. Estoy abrazada de soledad, solo tengo recuerdos que prostituyen, de los que no dejan avanzar ni seguir adelante. Bebo vino con tanta sed que las gotas caen sobre mi camisa blanca. Todavía no había tanta luz como para ver lo que me esperaba al acercarme. El pavimento comenzaba a tornarse rojo sangre al igual que su camisa, como la mía en este momento con hilos de vino tinto. Era tan joven, casi igual que yo, tal vez si estuviera aquí podríamos haber sido amigos, o hasta algo más. Si tan solo hubiera llegado un poco antes para salvarlo o un poco después para no verlo, no tendría que estar así, invadida de tristeza y soledad.

No tardó en fugarse, en convertirse en un cadáver hueco, vacío. Nunca había sentido tanto miedo, tanta admiración por aquel sentimiento arrebatador de vidas. Conviví con la muerte, sentí cómo le arrebatava el alma, cómo recorría cada pedazo de su cuerpo hasta convertirlo en polvo, en recuerdo. Solo sentía lágrimas caer al suelo formando un charco oscuro a su lado, parecido al que estoy formando entre lágrimas y vino.

Despierto unas cuantas horas después por los gritos de mis pesadillas, la sangre de mis manos ya está seca, la botella de vino a un cuarto de vaciarse no se despegó de mí en esas horas de sueño. Todo fue tan rápido que ya no sé lo que fue realidad y lo que sólo fue la imaginación tratando de tragar el trauma.

Sé que mañana pasaré por esa calle, que, al pisar el pavimento, estaré frotando la indiferencia de todas

las personas, que días después del accidente, pasaban por la escena abandonada, sin ningún interés. Llenos de ignorancia, sintiéndose invencibles, pero muy dentro yo sé que ellos al igual que yo cargan con la muerte. Quiero ir, no puedo evitarlo, no lo quiero abandonar, ni olvidar, porque estoy segura que soy la única que mantiene su recuerdo en el mundo de los vivos.

Salgo de la casa y me dirijo a la calle Periandro, donde todo sucedió. Todavía es oscuro, algunas luces iluminan el camino, lo que hace que las sombras tomen una forma siniestra a mi alrededor. Llego al sitio, el puente arriba de mi cabeza, las mismas líneas amarillas, las que su cuerpo pesado casi sin vida cubrían. “Termíname, por favor, me duele” él me decía. Yo solo sostenía sus manos en las mías, llamando por ayuda, pero ya era muy tarde, su objetivo fue cumplido. La soledad se vio victoriosa, él mismo llamó a la muerte para jamás regresar.

Me acuesto en el pavimento para tratar de sentir su cuerpo, el cuerpo de un extraño que sólo aparece en recuerdos. Miro a mi alrededor tratando de imaginar la escena de nuevo. Rememoro que días después seguía el letrero de precaución amarillo tirado, roto en el suelo, dos conos naranjas aplastados y a nadie le interesaba, todos sólo lo rodeaban, ni siquiera se preguntaban lo que había sucedido en ese lugar. Pero yo sí, yo lo viví en carne propia, sentí la desesperación de aquel hombre que se aventó pero que el pavimento no fue suficiente para llevárselo instantáneamente.

Me quedo viendo hacia el cielo, sintiendo cómo el cemento me apuñala la espalda. Ya no tengo ganas de nada,



al final sé que en el momento que viene la muerte todo se esfuma, que el dolor es inexistente y la duda inquietante. Que la reina del inframundo no conoce paredes, que, aunque trates de aventarte de lo más alto del planeta, si ella no quiere no te lleva, que a veces no es justa y que a veces es buena.

Me quedo acostada, contemplando la nada, esperando con las manos entrelazadas. Todavía lo recuerdo, eran frías.



*Paul Núñez*

# Metro: salida en 9 estaciones

Laura Suinaga

V

Miro la escena que se desarrolla frente a mis ojos, pero no puedo llegar a conectar con ella del todo. Más que nada, en este momento quiero un cigarro. No malinterpreten, soy capaz de escuchar los gritos, ver las caras llenas de pánico, sentir el calor en el rostro y las manos, que son lo único que tengo desnudo con mi disfraz de *godín*. El reloj que llevo en la muñeca quedó parado justo a la una de la tarde, probablemente a raíz de un golpe que sufrió cuando se descarriló el vagón. Aflojo el nudo de la corbata y suelto los primeros botones de la camisa, pero no me puedo quitar el bochorno del todo. Escucho a lo lejos las sirenas y puedo ver que empiezan a llegar los servicios de emergencia, vestidos de amarillo. Cuando era niño, me gustaba imaginar a los bomberos de un rojo brillante, pero supongo que es un sueño que se quedará en la infancia. El humo comienza a disiparse, aunque persiste el olor a quemado. En alguna ocasión, escuché que los seres humanos no huelen tan diferente como lo haría un cerdo al asador, pero no puedo llegar a percibirlo. Lo que sí veo es como la gente actúa como si pudieran hacer algo para ayudar, mientras oficiales de policía les piden que se vayan del lugar.

I

Hoy de madrugada, a las 6 para ser exactos, sonó el despertador. Me levanté de la cama, que aún olía a limpio

a pesar de que ya habían pasado dos semanas de que se cambiaron las sábanas. Me lavé los dientes y me peiné. Giré la cara de un lado al otro, intentando ver en el espejo si el pelo quedó peinado en la parte de atrás, aunque no supe qué hacer con las ojeras y la barba mal rasurada. El último rastrillo del paquete está en el basurero desde el lunes. Escogí uno de mis trajes grises porque, a palabras de mi papá, “un traje de color neutro siempre combina”, una camisa azul claro y una corbata azul marino. Prolongué todo lo que pude el trayecto del baño a la puerta de mi recámara, cerrándola con llave al salir como siempre que viene Juanita a hacer el aseo, y ni siquiera abrí el refrigerador antes de salir, sabiendo que lo iba a encontrar vacío y que mejor desayunaba una torta en la esquina llegando a la oficina.

Me subí al metro a las siete cuarenta e hice el cambio en Balderas para dirigirme a mi parada en Salto del Agua. Al llegar y ver la hora tuve que olvidarme de comprar algo de desayunar. Todavía tenía que caminar dos cuadras antes de acceder al edificio donde se encuentran las oficinas, y debía apresurarme para no retrasarme, otra vez.

## VI

No dan aún la una con quince y los paramédicos que han llegado ya se empiezan a ver sobrepasados. Unos oficiales cargan a una mujer con una herida en la cabeza, que parece que junto con el sentido ha perdido toda dignidad, la falda negra de su traje sastre en lo alto de sus muslos dejando ver la ropa interior blanca, pero a nadie parece importarle. Ni siquiera a mí, que la estoy viendo. A nadie parece importarle

nada, los que pasan a mi lado no me dirigen la mirada o me preguntan cómo estoy, y comienzo a sentirme realmente acalorado, con el sudor pegado por debajo de la camisa. Para cuando me doy cuenta me he quitado el saco, que está con la corbata en el suelo.

## II

La fachada del corporativo está cubierta de un gris sucio, producto de años acumulados del aire de la ciudad, y que definitivamente alguien la debería haber cambiado, incluso cuando la inauguraron en los setenta. Es de pésimo gusto. Saludé a Don Tomi en la entrada, y me metí al elevador con otros cuatro infelices y una mujer que no dejaba de hablar en el teléfono a un volumen nada apropiado para ser las ocho de la mañana, o para el espacio en el que estábamos.

## VII

El aire cada vez menos contaminado de la estación es a su vez más sofocante. Veo en la distancia, del otro lado del andén, a una mujer sentada en el piso, abrazando sus rodillas en un intento incómodo y probablemente inconsciente de ponerse en posición fetal, llorando al teléfono. No entiendo bien las palabras, pero puedo darme cuenta de que está intentando dar un mensaje que obviamente no está siendo escuchado con claridad, el maquillaje le ensucia la cara mientras inútilmente intenta limpiárselo con un pañuelo. Decido quitarme los zapatos, y al no ser suficiente para contrarrestar el calor, desabotono la camisa del todo, pero aun así me siento intranquilo.

## III

Al llegar a la oficina el director de área gritaba, al grado que su voz se escuchaba en el ascensor y, cuando pedí el paso para bajar, uno de los hombres me lanzó una mirada de conmiseración. Los errores de una de las becarias en la última compra de material habían generado una pérdida de decenas de miles y, sin importar que ella estaba en la puerta con todas sus cosas, esperando los documentos que tenía que firmar para su despido, ahora todos debíamos pagar. ¿Quién fue el último en revisar los estados de cuenta? ¿Quién aprobó los presupuestos antes de que ella, finalmente, los mandara al área de suministros y se hiciera una compra innecesaria de materiales? Nadie fue, nadie supo. Al menos todos habían mantenido un frente unido. Hasta que llegué yo. En un instante todas las miradas se centraron en mí, con la fuerza gravitacional de un hoyo negro, a punto de tragarnos a todos.

## VIII

El vagón se encuentra sobre el andén, algunos de los que venían dentro estaban como muñecas rotas en su interior. Parece la escena de una de esas películas que le gustaban a mi padre, donde el mundo se iba a la mierda y el protagonista, un hombre de pocas palabras y mucha fuerza bruta, salvaba a los suyos por la potencia de su convicción. Aquí no veo a Bruce Willis, por lo que no creo que encontremos un final feliz del todo. Quizás mañana se enseñe lo sucedido en alguna de las fotografías de algún periódico amarillista, el Alarma quizás, o en Charlie Hebdo. Los calcetines me

molestan y me agacho a quitármelos. Me quito uno con esfuerzo, como si se hubieran encogido con el calor y de pronto fueran tres números más chicos, luego el otro, y los dejo con el resto de mis cosas en el piso.

#### IV

Mis compañeros no son los únicos que me miraron al entrar a la sala de juntas. Francisco, mi jefe, decidió lanzar toda su ira contra mí. Pero no es el único molesto. Sentí la mandíbula tensarse, el pecho alzarse, los puños cerrarse y la necesidad, casi física, de lanzar el primer golpe. Pero detrás de él vi a Carlos negar con la cabeza, padre de tres hijos y el último en aprobar la compra antes de que aparecieran los documentos, firmados, en mi escritorio el martes. Me contuvo la pena de saber que era notorio lo mucho que quería en esos momentos encontrar a alguien a quien partirle la geta. Intenté recomponer mi rostro en una sonrisa, pero ya era tarde. Francisco ya había visto el ataque a su autoridad en mi expresión e imagino, tenía una idea desde un principio de quien había realizado la última vuelta de los presupuestos en el piso. Terminó la reunión y me llevó a su oficina, donde me pidió cerrar la puerta.

El griterío parecía que se había quedado en la sala con mis compañeros y, con calma, casi al borde del regodeo, me informó que hoy terminaban mis días en la empresa. No puedo entender por qué le puede llegar a ser tan fácil a algunas personas el despedir a alguien. En la época moderna, en medio de este capitalismo salvaje, el trabajo hace al hombre y quitárselo es, casi, obligarlo a dejar morir su identidad. Al bajar en el ascensor el peso de la caja con

mi trinquero de la oficina me pareció ligero, y pensé en tirarla al basurero mientras caminaba de regreso al metro.

## IX

Siento como me aprieta el cinturón y, al quitármelo, la piel se siente áspera, como grava, como si me cortara las palmas con el pavimento. Los pantalones van después, seguidos de los calzones, pero ni así logro quitarme la sensación de que me falta el aire, que me aprieta la piel. Así que me la quito también; en tiras, en trozos, en pedazos. Los músculos, los huesos. El despojo se queda en el piso y me mira desde ojos cansados y vacíos. De mí, en ese envoltorio hecho jirones, no queda nada.



*Paul Núñez*

# El botín

Pita Escalona

En la casa de campo de la familia, solíamos pasar los fines de semana y los puentes largos. Al llegar, siempre nos recibía mi tío Alejandro, presumiéndonos que había sido el primero en llegar.

Cuando tenía como diez u once años, aburrido por las pláticas de los adultos alrededor del asador de carne y de los demás primos en el sillón de la sala viendo el fútbol en la televisión, decidí explorar afuera de la propiedad. Encontré una vara gruesa que ocupé como bastón y para hacer a un lado la maleza. No me había alejado mucho, cuando detrás de un árbol noté que algo se movía. Por instinto me agaché y miré con cautela desde mi trinchera. Era mi tío Alejandro que desenterró un envoltorio rojo del que sacó un fajo de billetes. Los contó y se los embolsó. Volvió a enterrar el envoltorio tras aquel árbol. Yo lo estaba viendo regresar a la casa, caminando como si nada, cuando me picó una abeja en la punta de la nariz. Grité, brinqué y solito delaté mi presencia. Mi tío Alejandro corrió en mi auxilio, me sacó el aguijón de la abeja y me llevó corriendo a la casa. La nariz se me hinchó. Mi tío Alejandro sacó un jarabe antihistamínico del botiquín y me dió una cucharada. Cuando nos quedamos solos me preguntó que qué hacía por los pastizales, le respondí que estaba dando un paseo. Sacó un billete



de quinientos pesos y me lo dio, pidiéndome silencio.

—No digas que me viste. Tú no viste nada.

—No tío, no vi nada. -le respondí.

Cada vez que llegábamos a la casa de campo, él me recibía con un abrazo y con uno o dos billetes. Me di cuenta que vivía en la casa, como que se ocultaba de alguien, por algo seguramente malo que había hecho. Así pasaron varios años, yo callado, siempre con dinero en la bolsa. Cada viernes acudía por mi cuota semanal, hasta que un día que estábamos solos, se presentaron unos fulanos. Mi tío al verlos me dijo: “Escóndete, que no te vean. No sabes nada, no viste nada, cuida del árbol, es tuyo.”



*Paul Núñez*

# Consejo Editorial

**Editora General**  
Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

**Editora Ejecutiva**  
Andrea Fischer

**Mesa de Edición y Arbitraje**  
Cecilia Durán Mena  
María Elena Sarmiento  
Virginia Meade  
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace  
y Relaciones Públicas**  
Andrea Fischer

**Diseño Editorial**  
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

**Ilustración de portada**  
Valérie S. Ferrusca R.

**Radio**  
**Conducción:** Cecilia Durán Mena,  
Juan Carlos Padilla Monroy, Raúl Sanz Suárez  
y Brandon Hurrie García

**Producción del Programa de Radio:**  
María Inés Rendón, Productora.  
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

**Cuarto de Guerra**  
Becarios de las universidades participantes.

**Digital**  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)  
Ventas y suscripciones  
[ventas@porescrito.org](mailto:ventas@porescrito.org)

**Contacto**  
[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

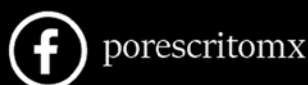


Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y tres. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.**  
**Circulación Agosto-Septiembre de 2021.**



También estamos en:



Radio Anáhuac 16.70 AM  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

---

Por Escrito

## Ultimátum

*“Cuando en la mitad de la vida llega una palabra jamás antes pronunciada, una densa marea nos recoge en brazos y comienza el largo viaje entre la magia recién iniciada, que se levanta como un grito en un inmenso hangar abandonado donde el musgo cobija las paredes, entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan en un mundo en ruinas, una palabra basta”.*

Una palabra (Fragmento)

**Álvaro Mutis**



PRETEXTOS LITERARIOS

**POR ESCRITO**



[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

Estamos empeñados en atrapar lectores...

**para NUNCA dejarlos ir**